

JUAN ANTONIO GALLARDO RUIZ



ECHAR UN PULSO A DIOS



PRIMERA PARTE

En el principio

Cuando empiezo algo, siempre me cuesta iniciarme, no sé por dónde empezar, no sé cómo empezar, aunque lo tengo claro, y no es menos cierto que, capaz soy, al menos así lo creo, pero no se trata de elogiarme, lo que sucede es que siempre he querido tener buenos principios, es decir, empezar las cosas con buen pie.

No obstante, me resulta complejo el hablar de si existió la Creación tal y como nos la explica nuestra Historia o simplemente tener presente dudar de la existencia de Dios.

En ocasiones me quedo pasmado y me quedo quieto con la intención de no marcar recorrido alguno con el movimiento de cualquier parte de mi cuerpo. Quedo confundido por tantas ideas de los hombres respecto de su Dios, respecto de que es el único y verdadero, y lo cierto es que, si lo preguntas en cada esquina del mundo, te responderán que su Dios es el verdadero. Es posible que todos tengan razón y que todos estén equivocados, es posible que esos dioses sean uno solo y resulte ser el mismo para todos, con la diferencia de que cada cual lo vista como mejor le interese para el desarrollo de sus propias intenciones y beneficio de su peculiar religión.

Ha habido momentos en la historia en los que cada grupo social o religión tenían su dios, eso sí, distinto de los del pueblo de al lado; la noción de divinidad se encuentra escondida en el politeísmo, que esconde la insuficiencia de que no hay divinidad y por tanto no hay Dios, en todo caso los dioses o el Dios sería concebido al modo humano, como grandes señores.

En la Antigüedad, había pueblos que tenían varios dioses y veían muy claro que esos dioses del pueblo no eran reales, se decían: «Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven...».

No tiene sentido hablar de un Dios por cada religión viviente, debemos de entender que es un solo Dios al que vestimos como entendemos en esos momentos y le damos la figura que nos viene bien, figura que puede ser más agresiva, más compasiva.

Y nos preguntamos: ¿La idea de Dios es la misma en todas las religiones? La respuesta debería de ser no.

Desde sus comienzos, la fe cristiana se ha visto confrontada a respuestas distintas de las suyas sobre la cuestión de los orígenes. Algunos han dicho que Dios es todo, que el mundo es Dios, que el mundo es una emanación de Dios que brota de esa fuente y retorna a ella; otros afirman sobre la existencia del bien y el mal, o sea, la luz y las tinieblas en lucha permanente, pero si entramos en estos términos últimos, podríamos desviarnos peligrosamente de nuestro objetivo.

Es cierto que el ser humano desde sus orígenes, como indica la Historia, se ha preguntado por el sentido profundo de su propia existencia y, la respuesta no se encuentra ahí mismo, hay que ir más allá, en algo que trasciende, en algo que remite de un modo u otro a algo divino, infinito, a Dios.

Los límites del conocimiento humano no implican la imposibilidad de entender a Dios, también la posibilidad de errar ya que, como humano, puedo tener una idea falsa de Dios.

Sin embargo, la denominación de Dios viene dada por las diferentes religiones, sea monoteísta, teístas, deístas, panteísmo, sistemas materialistas, entre otras, llegando a concluir que la definición de Dios más común es la de un ser supremo, omnipotente, omnipresente y omnisciente, creador, juez, protector y en algunas religiones providente y salvador del universo y de la humanidad.

Dios es capaz de insuflar el aliento adecuado que permite a sus adoradores sostener el sistema de autogobierno que él mismo define

en un conjunto de leyes, normas y principios catalogados en una colección de libros definidos como sagrados por sus seguidores.

A menudo Dios es imaginado como una fuerza de la naturaleza o como un ente consciente que se puede manifestar en un aspecto natural. Así, tanto la luz como la penumbra son símbolos recurrentes para representarle.

A Dios se le atribuye omnipotencia, todo lo puede; omnipresencia, todo lo abarca; omnisciencia, todo lo sabe; omnibenevolencia, es absolutamente bueno.

Sin embargo, no todos afirman que Dios es moralmente bueno. Mientras que algunos consideran que Dios representa lo moralmente bueno admitiendo, por tanto, que existe una definición objetiva de lo bueno y de lo malo, sin embargo para otros, Dios está por encima de la moralidad o tiene una definición propia, de manera que es bueno lo que Dios quiere que sea bueno.

Si Dios es el creador omnipotente, omnisciente y el único juez entonces, al crear a la humanidad, incluidos los ateos, paganos y falsas religiones, sabía cómo sería el comportamiento de estos y tendría definitivamente que enviarlos al infierno. Este Dios no podrá, por tanto, ser bueno desde el punto de vista de todos los humanos, del mismo modo que algunos podrían afirmar que no todos los seres humanos son buenos, desde el punto de vista de Dios, pero no olvidemos que tanto unos como otros han sido creados por él.

Introducimos el término «libre albedrío» que dice: Voluntad no gobernada por la razón, sino por el apetito, antojo o capricho. La Real Academia Española viene a determinar: El libre albedrío es la potestad que el ser humano tiene de obrar según considere y elija, esto significa que las personas tienen naturalmente libertad para tomar sus propias decisiones sin estar sujetas a presiones, necesidades o limitaciones o a una predeterminación divina.

El libre albedrío en la Biblia viene a decir: Dios dio al hombre la facultad para obrar según desee, independientemente de si sus

decisiones son buenas o malas; existe un mito muy popular que dice que el ser humano determina su suerte y decide su destino por su propio libre albedrío.

Los críticos no consideran compatibles la omnipotencia y la omnisciencia de Dios con el libre albedrío, alegando que, si Dios todo lo puede, intervenir implicaría obstaculizar la libertad del ser humano; o el saberlo todo implicaría también que no hay nada dentro de la libertad del ser humano que no esté previamente fijado y dicho. Pero no olvidemos que Dios, es Dios.

No obstante, me cuesta mucho creer en la existencia de Dios. La existencia de Dios es un argumento que plantea cuestiones fundamentales e implica un debate entre diferentes ideas, y cuya expresión no se limita al mundo de la racionalidad, sino que se extiende al de las creencias. Hay críticos que argumentan a favor y otros en contra.

Los argumentos a favor de la existencia de Dios suelen incluir cuestiones metafísicas, empíricas, antropológicas. Las alegaciones en contra suelen incluir cuestiones empíricas y razonamientos deductivos e inductivos, sin embargo, no existe una definición universalmente aceptada de Dios.

Algunas definiciones de Dios no son tan específicas como para permitir llegar a probar que exista una realidad que se ajuste a tales definiciones.

Existen distintos y diferentes argumentos en contra de la existencia de Dios. Cada uno de esos argumentos tiene por objeto mostrar que las características que describen y definen a Dios posiblemente no responden a la realidad al carecer intrínsecamente de sentido por ser contradictorias en sí mismas. Así tenemos:

Argumentos empíricos, argumentos deductivos, argumentos inductivos, argumentos subjetivos.

Los argumentos empíricos, dependen de datos empíricos o demostrables. El argumento de las revelaciones inconsistentes se

opone a la existencia de la deidad llamada Dios, como se describe en los Libros Sagrados mediante la identificación de contradicciones entre las distintas escrituras, dentro de una misma escritura o entre la escritura y los hechos conocidos.

El problema del mal se opone a la existencia de un Dios que es, al mismo tiempo, omnipotente y omnibenevolente, argumentando que ese Dios no debe permitir la existencia del mal o el sufrimiento en el mundo.

El argumento de la no creencia se opone a la existencia de un Dios omnipotente y de que los seres humanos crean en él. La simple existencia de seres humanos que no lo hacen demuestra la incapacidad de Dios para lograrlo.

La falta de apariciones divinas a lo largo de la Historia, ya que solo se atestiguan en escasos relatos bíblicos de la Antigüedad y ante muy pocos testigos, se ha esgrimido como fuerte evidencia contra la existencia de Dios.

Argumentos deductivos. La paradoja de la omnipotencia sugiere que el concepto de una entidad omnipotente es, lógicamente, contradictoria, partiendo de la consideración de cuestiones como: ¿Puede Dios crear una roca tan grande que no pueda levantarla?, o si Dios es Todopoderoso, ¿podría crear un ser más poderoso que él?

El problema del infierno es la idea de que la condenación eterna por los actos realizados en una existencia finita contradice la omnibenevolencia y omnipresencia divinas.

El argumento del libre albedrío se opone a la existencia de un Dios omnisciente dotado de libre albedrío, el mismo del que se hallan dotadas sus criaturas, debido a que ambas propiedades son contradictorias. De acuerdo con este argumento, si Dios ya conoce el futuro, entonces la humanidad está destinada a corroborar dicho conocimiento, por lo que se hallaría exenta de la voluntad libre de apartarse de dicho plan. Por lo tanto, nuestro libre albedrío contradice la existencia de un Dios omnisciente.

Un contraargumento del argumento cosmológico, todo tiene una causa anterior y superior, parte de la suposición de que las cosas no pueden existir sin haber sido creadas por sus creadores, lo que se aplica a Dios, generándose así un círculo vicioso de creadores.

El argumento antrópico afirma que, si Dios es omnisciente, omnipotente y perfecto moralmente, habría creado otros seres moralmente perfectos en lugar de seres humanos imperfectos.

El desafío del Dios maligno sostiene que, a menos que haya una respuesta satisfactoria al problema del mal, no hay razones para aceptar que exista un Dios omnibenevolente y no uno omnimalevolente en su defecto.

Argumentos inductivos. Este argumento procede a través del llamado razonamiento inductivo.

El argumento de la ausencia de razón trata de demostrar que un ser omnipotente y omnisciente no tendría ninguna razón para actuar de una manera determinada, en particular mediante la creación de un universo, dado que no tendría necesidades, querencias o deseos, ya que conceptos tales son propios y subjetivamente humanos. Esto entraña una contradicción con el hecho de existir el universo, por tanto, un dios omnipotente no puede existir.

Argumentos subjetivos. En contra de la divinidad sobrenatural se basan principalmente en el testimonio o la experiencia de testigos, o bien en las proposiciones de las religiones reveladas en general.

El argumento testimonial da crédito a los testigos personales contemporáneos o del pasado que, o bien no creen o bien dudan de la existencia de Dios, por la simple razón de que nunca se les ha hecho visible.

El argumento del conflicto de religiones aduce que cada una de estas da una versión diferente de lo que Dios es y de lo que Dios quiere. Ya que todas las versiones contradictorias no pueden ser correctas muchas, sino todas las religiones deben ser erróneas.

El argumento de la decepción sostiene que, cuando se le pide, no hay ninguna ayuda visible de Dios, por lo tanto, no hay ninguna razón para creer que haya un Dios que provee.

Son tantas las religiones que existen en este planeta que hay quien dice que pasan de las 4.000 y que la mayoría de ellas ya están extinguidas. Algunos especialistas predicen la desaparición de las religiones en muchos países, como ya ha sucedido a lo largo de la Historia con miles de dogmas que se esfumaron tras provocar guerras, leyes y sumisión de sus creyentes.

Durante milenios, millones de personas han creído en dioses, hoy ni siquiera se acuerdan.

Los humanos les rezaron, les erigieron templos e incluso mataron por ellos pero, hoy aquellos seres todopoderosos no existen. Tampoco existían entonces, pero ahora no existen ni en la memoria colectiva. Son religiones extinguidas y con su final, desaparecen también sus dioses.

Pero si nos adentramos en saber cuál es la obra de Dios, los Libros Sagrados vendrán a decirnos que «es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre» y ante esta postura nos venimos a preguntar ¿por qué cuando Dios nos creó, no nos creó ya inmortales? Podríamos tener una vida plena.

No necesitaríamos nacer, ya seríamos criaturas creadas por Dios, solo nos asalta una duda, egoístamente: ¿Solo crearía Dios a un número determinado de humanos?, o por el contrario, ¿nos crearía Dios igual que nacemos actualmente? Porque si fuera así, necesitaríamos varios planetas, o más, aunque por otro lado, si Dios nos llegara a crear inmortales, por qué no ir más allá y que pudiéramos ser sutiles y etéreos, es decir, sin cuerpo físico que tenga que ocupar un lugar, o tal vez, nos podría haber creado sin necesidades fisiológicas. ¿Para qué sentir sed o hambre?, ¿Para qué tener motivaciones sociales ante otros seres? ¿Para qué tener apetencias sexuales?